

NOCHE QUE DEJA ENTREVER EL DÍA

Oyendo llamar á la puerta, Juan Valjean se volvió y dijo con voz débil:

—Adentro.

Abrióse la puerta y aparecieron Cosette y Mario. Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado contra los largueros de la puerta.

—¡Cosette!—dijo Juan Valjean, y se levantó con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, mostrando una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—¡Padre!

Juan Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

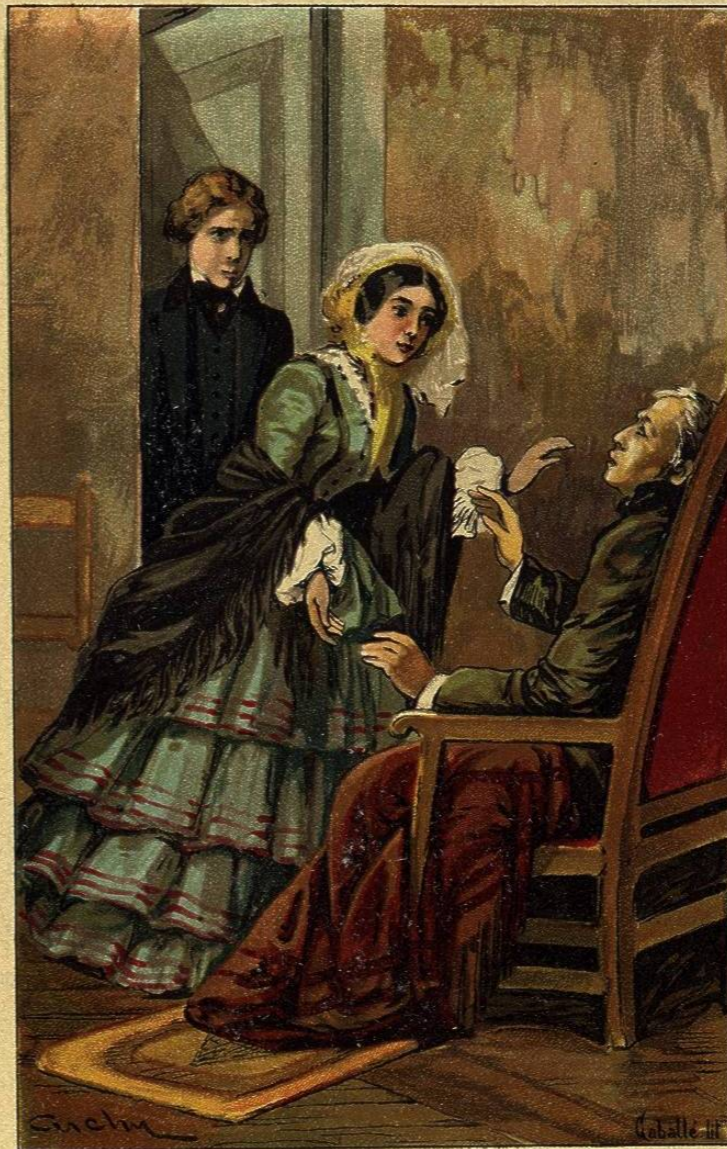
—¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío!

Y sintiéndose estrechar por los brazos de Cosette, añadió:

—¡Eres tú, sí! ¡Me perdonas, pues!

Mario, bajando los párpados para detener el raudal de sus lágrimas, dió un paso y murmuró entre sus labios contraídos convulsivamente para que no brotasen los sollozos:

—¡Padre mío!



Abrióse la puerta y aparecieron Cosette y Mario.

—¡Y vos también me perdonáis!—dijo Juan Valjean.

Mario no encontraba palabras, y aquél añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero y arrojó ambas cosas en la cama.

—Me molestan,—dijo.

Y sentándose en las rodillas del anciano, separó sus cabellos blancos con un movimiento adorable y le besó la frente.

Juan Valjean, extasiado, no se oponía.

Cosette, no comprendiendo sino muy confusamente los motivos de este cambio, redoblaba sus caricias, como si quisiese pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean balbuceaba:

—¡Qué ignorantes somos! Creía no volverla á ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el mismo momento en que entrabais, decía: ¡Todo se acabó! Ahí está su trajecito, soy un miserable, y no veré más á Cosette. Decía esto mientras subiais la escalera. ¿No es verdad que me había vuelto idiota? ¡Hasta qué grado es uno estúpido! Se cuenta sin la bondad infinita de Dios. Dios dijo: ¿Crees que te van á abandonar, idiota? No. No puede ser eso. Ese pobre viejo necesita de su ángel, ¡y el ángel vino, y he vuelto á ver á mi Cosette, á mi querida Cosette! ¡Ah! ¡Qué desgraciado era!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó:

—A la verdad, yo necesitaba ver á Cosette un rato de tiempo en tiempo. Un corazón necesita de un hueso que roer. Sin embargo, conocía que estaba de sobra y decía en mis adentros:—No han menester de tí, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho á eternizarse. ¡Ah, Dios de mi alma! ¡La he vuelto á ver! ¿Sabes, Cosette, que tu marido es un guapo mozo? ¡Ah!

Llevas un bonito cuello bordado. Perfectamente. El dibujo me gusta. Lo ha elegido tu esposo, ¿no es verdad? Será preciso que te compres chales de cachimira. Señor de Pontmercy, permitidme que la tutee; será por poco tiempo.

Cosette, á su vez, le dijo:

—¡Qué ruindad dejarnos de ese modo! ¿Adónde, pues, habéis ido? ¿Por qué habéis estado ausente tanto tiempo? Antes, vuestros viajes apenas duraban tres ó cuatro días. He enviado á Nicolasa y le respondían siempre:—Está fuera. ¿Desde cuándo habéis yuelto? ¿Por qué no nos avisásteis? ¿Sabéis que estáis muy trastornado? ¡Mal padre! ¡Enfermo y sin decírnoslo! Ten, Mario, toma su mano y verás qué fría está.

—Habéis venido, señor de Pontmercy; ¡con que me perdonáis!—repitió Juan Valjean.

A estas palabras, los sentimientos que se agolpaban al corazón de Mario hallaron una sola salida y el joven exclamó:

—Cosette, ¿no le oyes? ¿no le oyes, que me pide perdón? ¿Sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Más aún: te ha entregado á mí. Y después de salvarme, y después de entregarte á mí, Cosette, ¿sabes lo que ha hecho de su persona? Se ha sacrificado. Tal es su conducta. Y á mí, que he sido ingrato, olvidadizo, cruel, hasta criminal, me dice: ¡Gracias! Cosette, aunque pase todo lo que me resta de vida á los piés de ese hombre, no será bastante expiación. La barricada, la alcantarilla, ese horno, esa cloaca, todo lo ha atravesado por mí, por tí, Cosette, preservándome de mil muertes, que alejaba de mí y que aceptaba para él. En él se encuentran todas las clases de valor, de virtud, de heroísmo. ¡Cosette, ese hombre es el ángel!

—¡Silencio! ¡Silencio!—murmuró apenas Juan Valjean.—¿A qué decir todo eso?

—¡Pero vos!—exclamó Mario, con cierta cólera llena de veneración,—¿por qué no lo habéis dicho? Es culpa vuestra también. ¡Salváis la vida á las personas y lo tenéis oculto! ¡Y bajo pretexto de quitaros la máscara, os calumniáis! Es horrible.

—He dicho la verdad,—respondió Juan Valjean.

—No,—replicó Mario,—la verdad es toda la verdad y no habéis dicho sino parte. Erais el señor Magdalena, ¿por qué callarlo? Habiais salvado á Javert, ¿por qué callarlo? Yo os debía la vida, ¿por qué callarlo?

—Porque pensaba como vos y conocía que teniais razón, que era preciso que me fuese. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me habriais detenido á vuestro lado. Debía, pues, callarme. Hablando, todo se contrariaba.

—¡Se contrariaba! ¡Todo! ¿Qué es lo que se contrariaba?—repuso Mario.—¿Por ventura os figuráis que os vamos á dejar aquí? No. Os llevamos con nosotros. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que por casualidad he sabido estas cosas! Os llevamos con nosotros. Formaréis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta horrible casa. Mañana ya no estaréis aquí.

—Mañana,—dijo Juan Valjean,—no estaré aquí, ni tampoco en vuestra casa.

—¿Qué queréis decir?—replicó Mario.—Se acabarán los viajes. No os volveréis á separar de nosotros. Nos pertenecéis y no os soltaremos.

—Esta vez es de buen grado,—añadió Cosette.—Abajo espera el coche. Os llevo de aquí. Si es menester, emplearé la fuerza.

Y riéndose, hizo ademán de coger al anciano en sus brazos.

—Vuestro cuarto está como estaba,—continuó.—¡Si supiéseis qué bonito se ha puesto ahora el jardín!

¡Cuántas flores! Los paseos cubiertos de arena del río, donde se ven algunas conchillas violadas. Comeréis mis fresas. Yo las riego. Y no más señora ni señor Juan. Viviremos en república; todos nos hablaremos de *tú*. ¿No es verdad, Mario? Se ha cambiado el programa. Padre, ¡si supiéseis qué disgusto! Un petirrojo había hecho su nido en un agujero de la pared y un horrible gato me le ha comido. ¡Mi pobre petirrojo, que sacaba la cabeza de su agujero para mirarme! Lloré, sí, señor, y de buena gana hubiera matado al gato. Pero al presente nadie llora, todos ríen, todos son felices. Vais á venir con nosotros. ¡Cómo va á alegrarse el abuelo! Tendréis vuestro cuadro en el jardín y lo cultivaréis y veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías. Una vez en casa, haré cuanto queráis y me obedeceréis, mucho que sí.

Juan Valjean la escuchaba sin oír. Percibía la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras, y una de esas gruesas lágrimas, sombrías perlas del alma, se formaba lentamente en sus ojos.

—¡Dios es bueno!—murmuró.

—¡Padre mío!—dijo Cosette.

Juan Valjean prosiguió:

—No hay duda que sería delicioso vivir juntos. Tenéis árboles llenos de pájaros. Me pasearía con Cosette. ¡Es grato pasar la vida en compañía de las personas que se quieren, darles los buenos días, oírse llamar en el jardín! Desde por la mañana se disfruta de su presencia. Cada cual cultivaría un pequeño trozo. Ella me haría comer sus fresas y yo le haría coger mis rosas. Sería delicioso; pero...

Se detuvo, y luego dijo bajando más la voz:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, sino que entró de nuevo en

la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—¡Dios mío!—exclamó.—Vuestras manos me parecen más frías que antes. ¿Estáis malo? ¿Padeceís?

—¿Yo? No,—respondió Juan Valjean,—me siento bien. Sólo que...

Se detuvo.

—¿Sólo qué?...

—Me voy á morir en seguida.

Cosette y Mario se estremecieron.

—¡A morir!—exclamó Mario.

—Sí,—dijo Juan Valjean.

Respiró, y sonriéndose, repuso:

—Cosette, ¿no estabas hablando? Continúa, háblame más. ¿Con que el gato se comió tu petirrojo? Habla; ¡que oiga yo tu voz!

Mario, petrificado, miraba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡padre mío! Viviréis, sí, viviréis. Yo quiero que viváis. ¿Oís?

Juan Valjean alzó los ojos y los fijó en ella con adoración.

—¡Oh! sí, prohibeme que muera. ¿Quién sabe? Tal vez te obedezca. Iba á morir cuando los dos entrásteis y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacía.

—Estáis lleno de fuerza y de vida,—observó Mario.—¿Acaso imagináis que se muere tan fácilmente? Habéis tenido disgustos y no volveréis á tenerlos. ¡Os pido perdón de rodillas! Vais á vivir y con nosotros y por largo tiempo. Os recobramos. ¡Somos dos cuyo único pensamiento en lo sucesivo será labrar vuestra dicha!